

Auroville, 2046

Después del fin de un mundo

Débora Nunes



Débora Nunes tiene doctorado en Urbanismo participativo por la Université Paris XII y tres postdoctorados realizados entre Francia e India. Escribió libros y artículos sobre la acción de la sociedad civil, la economía solidaria, los gobiernos participativos y la transición personal y colectiva a una sociedad ecológica, participativa y solidaria. Débora es un miembro de la red internacional Diálogos en humanidad y de otras redes ciudadanas, y también fundó la Escuela de Sostenibilidad Integral. Esta escuela se basa en metodologías integradoras y en el paradigma cuántico-holístico-ecológico, y propone una formación amplia en la que interactúan la mente, el cuerpo, el corazón y el alma bajo el lema “transformar-se para transformar el mundo”. Débora es aún profesora en la UNEB - Universidad del Estado de Bahía, en la carrera de Urbanismo.

*Otro mundo es posible y
está en construcción*

Gracias a todas las personas que hicieron posible
esta edición en varios idiomas.

Ilustración de portada:
Sandra Fergusson (Australia) y Prabhakaram (India).

Traducción:
Christine Bisch, Nadine Outin y Simone Kunegel (Francia),
Emerson Sales (Brasil), Shanti (USA-India),
Alícia Blanco (Argentina) y Joana Aluna (España).

Imágenes, ilustraciones y edición:
Ciro Sales, Raquel Souza y Bárbara Almeida (Brasil).

Salvador, Bahia, Brasil – 2020

Contacto de la autora:
esideboranunes@gmail.com

Débora Nunes

Auroville, 2046.

Después del fin de un mundo

Salvador, Brasil,
Marzo 2020.

Kali Sashtra¹

Marcus Bussey,

Traducción: Alicia Blanco y Joana Aluma

¡Ojos rojos y rayos!

¿Qué esperabas?

Hemos sido tan complacientes,

Solo montando la ola del buen karma

abstraídos, principalmente,

del costo, sometiéndonos a un tipo

de progreso complaciente, suavizado,

felices de jugar con nuestros juguetes;

Seguros en nuestra historia entretenida,

y ella irrumpió, resquebrajando los cimientos.

Nuestro rascacielos se balancea, las ventanas se quiebran.

¡La Pobreza y el Planeta nos piden cuentas!

La materia es vacuo cuando el alma está ausente,

enfermedad del alma que socava la cueva, hombre-mujer superficial

que bailan en espanto cuando las luces se apagan.

La madre oscura, furiosa en su ultraje

lanza piedras y rayos

deja que los demonios de la abundancia nos asfixien,

suelta los asuras de la duda, poderosa miasma

que vacían el pozal y derraman la esperanza,

ahogan la obra y amortajan lo culto

en todo su perversidad e insustancialidad.

¹ Diosa hindú a quien se ve frecuentemente atacando fuerzas malignas. También es la Madre Divina o madre del universo. Sastra significa un conjunto de reglas o tratado, lección o manual.

Ese es el argumento decisivo, Kali del corazón despierto
desgarra nuestros hábitos, se burla de nuestro orgullo,
envenena el futuro con nuestro propio estiércol.
Los líderes se perdieron y la gente entra en pánico.
Temor –por doquier– como el hedor de la sangre seca
y el excremento, se esparcen hasta el último rincón.
Ella bailará muy bien sobre nuestras cabezas;
Se burlará de nosotros y reirá;
Sacudirá los cimientos de todas las esperanzas;
colisionará toda certeza!
Lavará al mundo en sangre y
sangrará las vanidades de nuestras creencias;
Ella pondrá la política patas arriba,
pondrá de cabeza las relaciones y aplastará las economías:
No tomará prisioneros mientras huyamos
de su cólera chamuscando nuestras nuca.
No dejará nada sin tocar;
No hay tipos buenos ahora.
El Kurukshetra² está limpio.
Kali es Reina de los malditos y los confesos
Ahora nuestro dharma³ es bailar con ella!

² El campo de batalla en el que tiene lugar el Bhagavad Gita. Metáfora del campo de batalla de la vida

³ Término en sánscrito que significa aproximadamente “justicia”, pero más que eso, el principio que sustenta una cosa, su esencia definitoria

Itinerario:

Una mirada del futuro lanzada sobre el pasado	9
Auroville: la ciudad de la aurora prevista por Sri Aurobindo	13
El mundo de Indra: compromiso y solidaridad	17
Las aguas que asustan y traen cambios	23
La anástrofe se anuncia: superando la catástrofe	29
La alegría de estar juntos para el Buen Vivir	35
La Madre Tierra reencuentra su equilibrio	41
Un rayo de sol que anuncia un nuevo mundo	47



**Una mirada del futuro
hacia el pasado**



Tenía 98 años y todavía podía meditar en posición de loto sin ninguna molestia. El momento era importante, el gobierno de la India proponía una nueva legislación para Auroville, después de 78 años de su fundación. Recordaba cuánto esfuerzo había sido necesario para que el estatuto de la ciudad tuviera cierta autonomía con respecto al del país, permitiendo así que el laboratorio humano de la experiencia única de Auroville pudiera desarrollarse. La propuesta del gobierno era terminar con eso y Auroville se convertiría en una ciudad india común. Como se había hecho durante décadas en cada momento decisivo, o en cada muerte de un habitante, cientos de aurovillanos se reunieron bajo el sagrado baniano. El baniano había sido testigo de la creación de la ciudad y del Matrimandir, el templo central, que estaba al lado. Allí se reunían ellos y ellas para meditar cuando la comunidad se sentía particularmente conmovida. Estos momentos fueron muy importantes para las/os aurovillianas/os y ella no podía evitar estar allí.

Auroville había sido lo más importante de su vida. A los 18 años, contra la voluntad de sus padres, decidió unirse al proyecto de la “Madre” cuya propuesta era experimentar las ideas de Sri Aurobindo a una escala real y fundar la ciudad del amanecer, un prototipo de la nueva humanidad, pacífica, democrática y solidaria. Junto a otros jóvenes llegados de diferentes partes del mundo, Indra se sumergió en la aventura. Hasta entonces había estudiado en el Sri Aurobindo Ashram, una elección de

su familia que había aceptado con devoción. Nacida en Pondicherry, este era un destino común para los hijos de los devotos de Sri Aurobindo: la escuela era de excelente calidad, ofrecía una educación integral que involucraba mente, cuerpo y espíritu y aceptaba a niñas como ella que recibían la misma educación que los niños, a diferencia de otras instituciones de la India de los años 50. Para su padre, que ella asistiera a la escuela del Maestro Aurobindo y de la “Madre” era una cosa, pero entrar en un proyecto tan visionario como el de Auroville no era para una chica de familia de bien, como era su caso. Pero insistió, y fue.

Con el tiempo la familia aceptó su elección, y a lo largo de su vida recibió muchas veces a sus padres y hermanos en su casa, cuando tuvo una. Durante años, vivió en chozas construidas por ella misma y sus compañeros peludos. Auroville había sido fundada en 1968 y sus habitantes podían ser confundidos con los hippies de cualquier ciudad europea, además, los fundadores europeos fueron muchos, particularmente franceses. Sonreía al recordar aquellos locos tiempos de juventud, solidaridad e idealismo, cuando los 12 kilómetros de distancia entre Auroville y Pondicherry parecían la distancia entre la tierra y la luna. Una India conservadora y machista vio nacer en su suelo una tierra libertaria, donde cerca de 300 jóvenes trabajaban por igual plantando árboles, cavando cisternas, construyendo barracas, amando, experimentando, cocinando

colectivamente y meditando a favor del sueño de una ciudad abierta, prototipo de la humanidad soñada por Aurobindo.

Tuvo la oportunidad única de vivir en dos planetas al mismo tiempo: Auroville y el resto del mundo, con sus inmensas diferencias entre países y culturas. La India, casi un planeta aparte, con su historia varias veces milenaria y su colección de lenguas y fronteras entre estados, era su patria. Su profesión la había llevado en numerosas ocasiones a otros continentes, especialmente a Europa, como artista pionera en el reciclaje de materiales. Su familia, que vivía tan cerca y siempre la visitaba, le recordaba en todo momento la tradición india, al mismo tiempo que seguía de cerca su aventura como ciudadana del mundo. Su doctorado en París, que duró más de una década de idas y venidas entre la India y Francia, le dio una visión abierta de lo que sucedía con la humanidad a lo largo de casi un siglo. Las cinco lenguas que dominaba perfectamente –el Tamil, su lengua materna; el hindí, el francés, el inglés y el alemán–, le brindaron una extraordinaria oportunidad de descubrir diferentes visiones y versiones de los temas mundiales, en periódicos, revistas y –en los últimos tiempos– exclusivamente en Internet.

Auroville había sido su gran obra, el desafío de una vida en medio de tantas otras vidas extraordinarias que participaron en la fundación y cocreación de la ciudad.



**Auroville: la ciudad del amanecer
predicha por Sri Aurobindo**

Cuando la “Madre”, Mirra Alfassa – la revolucionaria francesa, compañera espiritual del filósofo y patriota indio Sri Aurobindo – decidió fundar el utópico Auroville, milagrosamente tuvo apoyos nacionales e internacionales. Una coyuntura favorable, que debe mucho a la tenacidad de esta mujer y a la reputación de su pareja y maestro – ya fallecido en ese momento – hizo que la UNESCO apoyara y difundiera su proyecto por todo el mundo y que el gobierno de la India donara parte de la tierra donde se levantaría el sueño del amanecer. La ciudad experimental que representaría la búsqueda de la “unidad humana” – como dice su carta fundacional, escrita de puño y letra por la “Madre” – tendría como objetivo ayudar a las personas que allí vivirían a desarrollarse como seres en el mundo y a florecer en sus posibilidades interiores. Cuando supo del proyecto de Auroville, todavía adolescente, Indra se preguntó inmediatamente: ¿cómo no participar en esta maravillosa visión de la Madre, su profesora y maestra, que quería materializar las ideas de Sri Aurobindo? ¿Cómo no dedicar su vida a esta increíble experiencia de crear el futuro en el presente, con otros visionarios y visionarias? Sabía que su tradicional familia, y especialmente su padre, se opondrían, porque ella era una mujer y quería seguir un destino inusual y muy emancipado para aquel tiempo y lugar. A pesar de la pesada atmósfera en la familia después de compartir su deseo, sintió el apoyo secreto de su madre, aliándose a su determinación personal de seguir el destino que ella había elegido. Se casó con el proyecto y

la vida de Auroville, y sus hijos fueron los cientos de estudiantes que tuvo a su cargo a lo largo de su vida. Fueron 80 años dedicados a este sueño, y sabía que todavía tendría algunos más.

El gran y sagrado baniano había crecido inmensamente en esos 80 años y hoy cubría una enorme superficie. A su lado, la gran esfera dorada de Matrimandir, el centro espiritual de Auroville, seguía maravillándola, así como su gran salón blanco interior que recibía para meditar a visitantes y aurovillianos/os desde 2008. Discretamente miró a su alrededor y vio a cientos de personas silenciosas, la mayoría sentadas en posición de loto como ella, en una profunda introspección, buscando recibir instrucciones divinas frente al desafío de mantener el Estatuto de Auroville, pero también buscando conectarse con las energías de la comunidad. Siempre había disfrutado de esos momentos, aunque en los últimos años hubieran significado, principalmente, la despedida silenciosa de sus amigos y amigas de otros tiempos. Ella era una de las más jóvenes fundadoras de Auroville y casi todos sus compañeros y compañeras ya habían abandonado la Tierra.

Pero nuevas generaciones habían llegado de todo el mundo para coconstruir el sueño de la “Madre”. Recordaba su dulce rostro, tanto como su mirada desafiante si un interlocutor desprevenido se atrevía a decir que su sueño no se haría realidad. Mirra Alfassa, como el mundo no aurovilliano la llamaba, nunca llegó a vivir en Auroville, ya era muy vieja, pero siguió

todo desde el Ashram de Sri Aurobindo, que había ayudado a construir y donde vivió la mayor parte de su vida. Para Sri Aurobindo y la comunidad de Auroville ella era “La Madre”, un símbolo. Indra recordaba perfectamente su imagen, como sucede con los ancianos que recuerdan más los tiempos de la infancia y la juventud que los tiempos de hoy, y la idea de “Madre” se confundía en su memoria con las primeras diosas de la humanidad, aquellas que sostenían las sociedades “gilánicas”, igualitarias, pioneras de la historia, como había aprendido de Riane Eisler.

Estas diosas habían sido el objeto del trabajo artístico de toda su vida. Había hecho imágenes de las diosas primitivas con todo tipo de materiales: en principio arcilla y paja, piedra y madera, lo que encontraba en el desierto, que era la tierra de Auroville de los primeros tiempos. Cuando expuso por primera vez en

Carta Constitucional de Auroville

- 1) Auroville no pertenece a nadie en particular. Auroville pertenece a la humanidad en su conjunto. Pero para vivir en Auroville es necesario ser servidor voluntario de la Conciencia Divina.
- 2) Auroville será el lugar de una educación sin fin, de un progreso constante y de una juventud que nunca envejece.
- 3) Auroville quiere ser el puente entre el pasado y el futuro. Aprovechando todos los descubrimientos internos y externos, Auroville dará un salto decisivo hacia los logros futuros.
- 4) Auroville será un lugar de investigaciones materiales y espirituales para una manifestación concreta y viva de una verdadera Unidad Humana.

Mirra Alfassa - La Madre

28. 2. 68

Charte d'Auroville

1) Auroville n'appartient à personne en particulier. Auroville appartient à toute l'humanité dans son ensemble.

Mais pour séjourner à Auroville, il faut être le serviteur volontaire de la Conscience Divine

*

2) Auroville sera le lieu de l'éducation perpétuelle, du progrès constant et d'une jeunesse qui ne vieillit point.

*

3) Auroville veut être le pont entre le passé et l'avenir.

Profitant de toutes les découvertes extérieures et intérieures, elle veut hardiment s'élancer vers la réalisation future.

*

4) Auroville sera le lieu des recherches matérielles et spirituelles pour donner un corps vivant à une unité humaine concrète.





París, en una pequeña galería de la Place des Vosges, propiedad de la madre de su novio de entonces, Michel, quedó impresionada por el derroche de esa sociedad opulenta de los años 80 y 90. Durante las estadias parisinas hizo imágenes de diosas con restos de camas, de ropa, de plástico, de cartón, de componentes de Tas y ordenadores rotos... Vio crecer y crecer la basura de la desmesura y de alguna manera intuyó, muy pronto, el caos que ese modo de vida consumista e inconsecuente iba a producir.

Desde su mundo aurovillano abierto a todo el planeta, vio cómo se acercaba el colapso ambiental. Vio el cambio climático establecerse como una realidad para toda la humanidad. En 2011, el huracán Thane, que atemorizó Auroville fue la gota que amplió su comprensión de lo que estaba por venir. Cuando miles de árboles fueron arrancados por los vientos – parte de los millones que la comunidad había plantado en el suelo de Auroville, y que lo transformó de desierto en bosque – ella sintió que algo estaba muy mal. Esa misma noche experimentó un momento de pánico absoluto, que cambió su vida, cuando en un sueño sintió su mundo desmoronarse, una fuerza inmensa y oscura que oprimía su pecho sin posibilidad de salida. Hoy, la pesadilla está tan viva en su mente como el día en que sucedió. Ella, la hija desafiante de los Chandramouli de Pondicherry que ayudó a crear Auroville, la artista de vanguardia de técnicas innovadoras que se lanzó al mundo con una obra de denuncia y reverencia a la Madre Tierra, sintió miedo de verdad por primera vez en la vida.



**El mundo de Indra:
compromiso y solidaridad**

El sueño de Indra se hizo conocido en Auroville. Como era habitual en la comunidad, esas visiones fuertes se compartían con los amigos cercanos, y cuando se percibían como “señales” se compartían pródigamente, de boca en boca. El significado del sueño fue muy claro para ella: la Madre Naturaleza mostraría su fuerza ilimitada y sus hijos tendrían miedo, sintiendo su pequeñez y la locura de la vida que llevaban. Ya en aquella segunda década del nuevo milenio el clima era inestable, la contaminación aumentaba, la vida en las ciudades era difícil y se hablaba mucho de ecología. Ambientalistas y científicos publicaban oscuras predicciones sobre el aumento del nivel del océano, la escasez de alimentos y la contaminación del agua. Fuera de Auroville, pocas personas querían oírlo, pero allí y en algunas comunidades que ya estaban ejercitando otras formas de vida, todas/os se preparaban, de alguna manera, para enfrentarse a lo que estaba por venir.

Pensó en lo extraño que era el comportamiento humano. Nunca había podido entender a esos conocidos suyos que preferían ignorar que iban a envejecer y morir, en lugar de prepararse seriamente para que eso sucediera en las mejores condiciones posibles. Siguió la vida de muchas personas que vivieron destruyendo su salud con tabaco, con exceso de estrés, de alcohol o de drogas o con comida excesiva e industrializada y desperdiciando un tiempo precioso persiguiendo solo dinero y prestigio. Las vio envejecer, enfermas y vacías, muchas de ellas riquísimas por inversiones financieras

en el casino global en que se convirtió la economía capitalista, a finales del siglo XX y principios del XXI.

La mayoría de las personas evitaba pensar que iba a envejecer y morir, así como ignoraba los anuncios de los investigadores sobre el fin de las fáciles condiciones de vida en la Tierra. De ese modo, continuaban sus vidas, aumentando el problema ambiental con su forma consumista de vivir, desconectadas de los límites de la Naturaleza. Indra no podía olvidar sus conflictos con Michel que, en su deslumbramiento consumista de nuevo rico, ignoraba que sus excesos empobrecían la Tierra y le empobrecían a él mismo. El miedo al final puede explicar por qué tantas personas fueron sordas a las llamadas a la sobriedad, de la misma manera que ignoraban su propia e inevitable decadencia física, anticipada por sus elecciones cotidianas.

Indra vivía en otro mundo, porque el sentido de la vida y las cuestiones ecológicas eran lo cotidiano para los aurovillanos desde los primeros tiempos. Poca agua, pocos recursos naturales, inmensas dificultades y reverencia a lo sagrado les hacía cercanos a la Madre Tierra al tiempo que inspiraba a la comunidad a crear una forma de vida más sencilla y espiritual, que casi todos adoptaban. En Auroville, la investigación de alternativas para todo trajo tecnologías “verdes” antes de que el mundo hablara de esas cosas. Energías renovables, programas de reforestación, la famosa “cocina solar” – que

hace ya décadas produce alimentos para toda la comunidad, con energía solar concentrada en una inmensa parabólica hecha a mano – las técnicas de purificación de agua utilizando solo su circulación a través de un vórtice poderoso, los increíbles programas de reciclaje que Indra ayudó a construir... Estos descubrimientos nacieron de la tenacidad y creatividad de muchos y muchas, de sus ensayos, de sus aciertos y errores y de las intensas conexiones con gente de todo el mundo, intercambiando experiencias e investigaciones punteras. La visión de Indra sobre el crash tenía mucho sentido para los aurovillanos, que aceleraron su resiliencia levantando la primera ciudad autónoma en energía. El combustible de las motocicletas, tan usadas por todos, se hacía con algas cultivadas en la comunidad misma y la energía cotidiana provenía del sol, de los vientos, la biomasa y las mareas.

El peso de la pesadilla hizo que Indra pensara cada vez más en el colapso ya predecible –y para ella completamente real– e hizo que convenciera a sus amigos para crear una Escuela que enseñara a los visitantes de Auroville a ejercitar un nuevo modo de vida, más sencillo y duradero, en transición – como se decía en aquel momento– hacia una sociedad sostenible. En aquellos días, justo antes de cumplir 50 años, Auroville ya recibía miles de visitantes por año, ya que era una perla destacada del movimiento de Ecoaldeas, que no dejaba de crecer en el mundo, añadiéndose ese público a los “buscadores” espirituales por su tradicional encanto.





La Escuela de Indra también aportó un servicio sin precedentes a la comunidad, ya que conectó entre sí la miríada de proyectos que prosperaban en Auroville. Para cada una de las diversas alternativas al mainstream capitalista que existían en el planeta en ese momento, había al menos una experiencia aurovillana ejemplar: redes de economía cooperativa y solidaria, producción de alimentos con técnicas de permacultura, recuperación de áreas degradadas, medicinas alternativas y tecnologías propias para atender la salud, como la famosa agua dinámica de Auroville, prácticas espirituales de todo tipo, las pedagogías más innovadoras, las artes más

vanguardistas, los modos de gobernanza más horizontales, las experiencias más profundas de lo sagrado femenino... El laboratorio de la “Madre” funcionaba a todo gas.

En cierto modo, para Indra, el colapso ambiental dejaba de ser una pesadilla para ser algo prometedor, pues su vida cotidiana estaba dedicada al reciclaje artístico y a la formación para construir el mundo post-colapso, en completa sintonía con lo que siempre había hecho en la vida: vivir de acuerdo con su conciencia. Si el mundo iba mal, solo su desestructuración permitiría implantar lo nuevo pensaba-, y trabajaba intensamente

en su Escuela de Ecología Profunda, junto con otros y otras entusiastas como ella. La Escuela llegaba a alcanzar el número de cerca de 1000 personas por año, en sus diferentes actividades : experiencias de un día, prácticas semanales o mensuales y formaciones de un año para aprender con el cuerpo, el corazón, la mente y el alma. El laboratorio vivo de Auroville y la participación de tanta gente local en la red de formadores, hacía de la Escuela un medio generador de aprendizaje e intercambio de experiencias para personas de todo el mundo. Esas personas se mantenían conectadas en una gran red social alternativa que no hacía más que crecer y se comunicaba con otras experiencias visionarias similares, especialmente las que ofrecían las Ecoaldeas y comunidades internacionales alternativas que tenían el mismo camino de formación.

El presente desafío de la población de Auroville, que los reunía en ese momento bajo el baniano sagrado, era uno más de los innumerables que habían vivido en las últimas tres décadas. El mayor de ellos fue el aumento de la población de la ciudad de 2.500 habitantes, en el momento del 50º aniversario en 2018, a más de 50.000 para 2046. La demanda de gente que quería vivir en esta ciudad fue baja durante medio siglo, desde su fundación en 1968 hasta principios de la década de los 20 del siglo XXI. La exigencia de la propuesta, que solo ofrecía una vida modesta y de trabajo comunitario

y no permitía la propiedad privada, atraía a muchos visitantes, pero pocos querían –y podían– pasar sus “pruebas” de perseverancia y convertirse en residentes. Auroville creció poco a poco, como una ciudad boscosa, una comunidad con mucha tierra y poca gente, pero gente activa y emprendedora. La búsqueda del desarrollo espiritual y la devoción al pensamiento y la acción de los fundadores –la Madre y Sri Aurobindo– era real, aunque variando su intensidad en cada persona, por supuesto. Las/os urovilianas/os buscaban superarse a sí mismos y convertirse en mejores seres humanos, sobrepasando los límites de la cultura individualista de su tiempo. Este fue, y sigue siendo, uno de los desafíos de todas/os.



Las aguas que asustan
y traen el cambio

Sin embargo después del 2020 todo cambió en un crescendo aterrador. Primero vino la leve ola de migración de los que comenzaban a reconocer que el colapso era inminente y querían un nuevo modo de vida. Entre estos había muchos estudiantes que pasaron por la Escuela de Indra y muchos familiares de la comunidad aurovillana, especialmente – aunque no únicamente – jóvenes, sobrinos y sobrinas. El flujo de personas “alternativas” llegadas de todo el mundo tuvo un gran impacto en la gobernanza colectiva de Auroville, que demoraba en tomar decisiones porque buscaba el máximo consenso. Esa gobernanza tuvo que reinventarse para responder a una demanda tan grande de gente en tan corto espacio de tiempo y para mantener la horizontalidad. Enfrentaron el desafío y dieron la bienvenida a las personas, que eran al mismo tiempo esperadas –para hacer crecer el sueño hasta los 50.000 habitantes que fueron planeados por la “Madre” y el arquitecto Roger Anger– y evitadas, porque la llegada de mucha gente nueva, debilitaba enormemente una forma de vida que había tardado 50 años en establecerse.

Alrededor de 2030 Auroville ya tenía casi 10.000 habitantes, multiplicando su población por cuatro en 10 años. Pero esos primeros en llegar en masa estaban dispuestos a cumplir las reglas, tenían algún dinero de reserva, eran cosmopolitas y tenían un espíritu innovador que no desentonaba del de la ciudad. La segunda ola de migrantes fue realmente

desafiante, porque era mucho más grande y estaba formada por gente que no tenía nada que ver con la propuesta de la comunidad. Si los primeros en llegar eran acogidos en las casas de sus familiares o participaron en la construcción acelerada de viviendas sencillas, casi iguales a las cabañas de los primeros tempos, y se incorporaban rápidamente a la dinámica del trabajo comunitario, los siguientes se amontonaron durante años en el cinturón verde de Auroville.

Todo comenzó con la crisis mundial de los inmigrantes que llegaron a Europa entre 2015 y 2025. Bajo las protestas de los ciudadanos locales, los Estados europeos recibieron con reticencia a miles de personas que huían, principalmente, de las guerras y la pobreza, ubicándolas en campos de refugiados y enviándolas de vuelta en cuanto podían. A mediados de la década del 2020, Auroville estaba en su apogeo, recibiendo recursos del turismo y el impulso de los nuevos habitantes que se iban integrando, sin tanta dificultad, al modo de vida local. Junto con la Red Mundial de Ecoaldeas, acompañada por iniciativas pioneras como Findhorn en Escocia, Damanhur en Italia, Christiania en Dinamarca y Terramirim en Brasil, entre otras, se inició una política global de acogida de inmigrantes. Cada Ecoaldea recibiría a unas pocas familias, como ejemplo de acogida para los países ricos que se cerraban cada vez más a la solidaridad

internacional. La “unidad humana”, tan querida por Sri Aurobindo, y tan importante para la cultura de Auroville se practicaría una vez más. Pero el flujo de refugiados no se detuvo ahí, y se asoció a los efectos de la crisis financiera mundial y a la aceleración del cambio climático que afectó a millones de personas.

En los países más ricos, la desorganización de los mercados con la caída causada por un nuevo estallido de la burbuja financiera – similar pero mucho mayor que la del 2008, con repercusiones inmediatas en la bolsa de valores– y las primeras olas de crecimiento de los océanos, trajeron gran inestabilidad. La pérdida de confianza en las diferentes monedas, que se devaluaban día a día, y la incapacidad de los gobiernos para hacer frente a la situación por su fragilidad económica y política, fueron la gota que colmó el vaso. En ese período Indra dejó de viajar a sus exposiciones y talleres en el extranjero, ya que la colosal devaluación de la rupia India hizo esos viajes muy caros. A esto se sumó el creciente riesgo de que se produjeran graves turbulencias en los vuelos, debido al cambio climático. Todo era inestable y cada vez más peligroso y ella tenía mucho que hacer en Auroville.

Los que menos sufrieron la crisis financiera fueron los países menos integrados al capitalismo mundial, especialmente los más pobres, pero sí fueron las grandes víctimas del cambio climático que afectó gravemente a la

agricultura de subsistencia y porqué también eran los que no tenían los recursos para mitigar los efectos de la desestabilización del clima. Pocos lugares en el planeta quedaron a salvo de esos “terremotos” de la historia humana, pero también estos fueron sumergidos por los refugiados en busca de supervivencia. Este fue exactamente el caso de Auroville.

Con el deshielo sorprendentemente rápido de los glaciares de los polos y montañas más altas de la Tierra –incluyendo el Himalaya– muchas ciudades costeras fueron severamente afectadas en unos pocos años. Los proyectos en curso para enfrentarse al aumento de la temperatura con tecnología, con barreras físicas a los rayos del sol y otras ideas grandiosas y distantes de la naturaleza, fueron atropelladas por la ira de Gaia. Las grandes capitales costeras del mundo y otras tantas a la orilla de los grandes ríos, sintieron de modo contundente el impacto del crecimiento de nivel de los océanos y de los ríos. Sus poblaciones comenzaron a retirarse hacia el interior, en principio solo en la época de lluvias y después definitivamente, dejando la mayoría de los grandes centros. Como se había previsto ampliamente, las inundaciones alcanzaron particularmente a los países insulares que desaparecieron, así como a Holanda y Bangladesh que, debido a su bajo nivel respecto al mar, quedaron parcialmente sumergidos.



Durante años Indra siguió las noticias de la dramática huida de los pueblos que, poco a poco, se fueron sumergiendo, y de la progresiva ampliación de los deltas de los grandes ríos: el Amazonas en Brasil, el Mississippi en los Estados Unidos, el río Amarillo en China, el Chao Phraya en Tailandia, el Mekong en Vietnam o el Níger en Nigeria, entre otros. Cuando se expandieron decenas de kilómetros, destruyeron ciudades y toda la producción agrícola regional. Pueblos y ciudades costeras como Nueva Orleans, Rotterdam, Bangkok, Nueva York, Ho Chi Min, Belém, Dhâka, Amsterdam, Venecia, el Cairo y Lagos se vieron gravemente afectadas, pero todas las costas de todos los continentes sufrieron mucho. Seguir el sufrimiento y las vicisitudes de la vida de sus amigas/os y estudiantes alrededor del mundo, fue para Indra como ver películas personales ilustrando la gran tragedia humana en curso. Fue un privilegio observar cómo la mayoría de esas personas sobrevivía creando soluciones cooperativas, aprendiendo de nuevo a plantar su alimento, reinventando sus profesiones y renunciando decididamente a su forma de vida anterior.

Aunque estaba a unos pocos kilómetros del mar, y como antes del caos había enfrentado por décadas la penetración de las aguas del Océano Índico en sus napas freáticas, Auroville había desarrollado tecnologías innovadoras y sencillas que consiguieron superar el problema y mantenerla protegida. La ciudad se hizo doblemente conocida en el mundo: por recibir

refugiados y su política ejemplar y por estar relativamente protegida de las inundaciones. Durante décadas se había construido un cinturón de miles de pequeños dispositivos, agujeros para retener e infiltrar el agua de lluvia y hacer posible la plantación de árboles. En la misma lógica de simplicidad y trabajo colectivo, también se construyeron miles de micro barreras que impedían que las aguas del océano penetraran en el suelo y el subsuelo de Auroville.

Indra recuerda haber sido destinada, junto a otros cientos de habitantes, a seleccionar y acomodar a los recién llegados que serían recibidos en carpas colectivas ubicadas en el cinturón verde, reforestado y defendido de la especulación inmobiliaria por décadas. En Auroville faltaba de todo, pero los refugiados seguían llegando, buscando acogida y una seguridad imposible de garantizar. Todo era racionado y compartido, porque el simple rechazo de la masa de inmigrantes hubiera sido una traición a los principios que fundaron la ciudad. Si la convivencia con la pobreza de las comunidades cercanas a Auroville se había logrado con importantes proyectos sociales, con la oferta de empleos y con conflictos superados aquí y allá, ahora todo era diferente. Las personas que vivían en los alrededores tenían sus familias, sus casas, sus tierras y mantenían su cultura, pero ¿cómo no ser más solidarios –pensaba Indra– con quien había perdido todo y golpeaba a la puerta pidiendo ayuda? Los refugiados fueron recibidos por la brigada de acogida de la que Indra formaba

parte. Ella los entrevistaba, descubría sus habilidades y les proponía para trabajar en los frentes de trabajo en los que podrían contribuir más. Trataba de ver en cada persona no una carga para la comunidad, sino una riqueza que se sumaba porque traía consigo talentos y formas de ser que, si se utilizaban bien, promoverían el bienestar y la abundancia. Pero no todos pensaban así.

Temiendo la destrucción del proyecto de Auroville, parte de la comunidad quería frenar a toda costa la llegada en masa de desconocidos que buscaban amparo. Sin embargo, la inmensa mayoría se empeñaba en la recepción de los refugiados y sabía que oponerse a ella era una idea egoísta pero también inviable, porque en principio no tenían ningún contingente de seguridad militarizado. Auroville tuvo que enfrentar casi sola su desafío, ya que el gobierno de la India se ocupaba de otros refugiados: los procedentes de Bangladesh, un país vecino inundado por las aguas, los indios sin hogar de las zonas costeras y las víctimas de las inundaciones de los ríos que bajaban del Himalaya. Todos demandaban cada vez más ayuda. Los alimentos y el agua eran escasos en los grandes centros del mundo, ya afectados por las dificultades de la agricultura debido al cambio climático y por la dificultad de desplazar cargas a grandes distancias por falta de combustible. La muerte y el hambre a gran escala en los primeros años post- crac, hicieron que ese tiempo se conociera como el “Apocalipsis”.



**La anástrofe se anuncia:
superando la catástrofe**

La vida de los habitantes de Auroville cambió por completo. Antes tenían problemas con las tareas creativas e innovadoras, pero había cierta calma interior que se fue viendo amenazada por los acontecimientos. La mayoría tenía una vida sencilla, pero con comodidad y abundancia, y para todas/os se volvió mucho más frugal. Indra se había sentido desestabilizada por todo ese frenesí para defenderse de las consecuencias de la invasión de gente, que quería integrarse a la experiencia, no por elegir ese proyecto de vida sino en busca de un lugar donde vivir. Al mismo tiempo, ella y muchos otras/os sintieron la actividad de acogida como esencial para respetar la función primordial de la creación de la ciudad de acoger la diversidad humana. Toda esta vivencia renovó, de alguna manera, las raíces de Auroville. Las meditaciones de los jueves por la tarde en la plaza, junto al Matrimandir –una cultura de décadas– se hicieron cada vez más importantes, con aurovillanos buscando la paz en medio del caos y el apoyo fraterno de viejos amigos y amigos.

Auroville cambiaba integrando a los recién llegados en la producción orgánica de alimentos, en la construcción de cabañas familiares, en la producción de energía y en la gestión del agua, todas ellas prioridades absolutas. Las miles de tiendas de campaña, instaladas en la zona periférica de la ciudad, causaban estragos por la deforestación y la suciedad, y si no se parecían a algunos campamentos de refugiados de las Naciones Unidas, era porque

había una población local acogedora y un sistema de gobernanza colectiva horizontal que había tardado décadas en desarrollarse. Cada persona tenía en la comunidad un lugar para lograr su supervivencia, pero también para la organización, limpieza y embellecimiento del lugar, así como podía tener alguna tarea en las nuevas cocinas solares de la comunidad. Esas tareas se combinaban con el cuidado personal de cada una/o, con su salud y cuidado físico y también con las actividades espirituales y artísticas que habían hecho conocida a Auroville y que se expandían con tanta gente nueva, que de esta manera llenaba su día a día. Todo se gestionaba colectivamente, al principio con la extrañeza de los recién llegados y luego con su adhesión, dados los resultados de calma, trabajos realizados y vida plena de sentido.

En Europa y Estados Unidos el caos fue inmenso. Indra siguió informándose de los acontecimientos por las noticias de los diferentes medios de comunicación, pero también por los contactos telefónicos semanales con exalumnos de su Escuela y con amigos y amigas de varios países por los que había pasado. Miles de organizaciones, redes y movimientos de la sociedad civil planetaria trataron de ayudarse mutuamente para enfrentar las inmensas dificultades con creatividad y solidaridad. Toda la articulación se hacía por Internet, que ya se había convertido en 3D, y eso ayudaba a la sensación de presencia física en cada contacto, incluso con personas

del otro extremo del planeta; las traducciones simultáneas en las diferentes lenguas maternas ayudaban mucho en la comunicación. Los amigos de Indra de las regiones más ricas y desarrolladas del planeta –que desde el comienzo de la crisis climática denunciaban el giro a la derecha de sus países, que reprimían la primera ola de inmigración– participaron activamente en las rebeliones internas que buscaban reorganizar las estructuras de los estados para lograr más solidaridad, democracia y conciencia ecológica. Durante casi una década, el mundo experimentó el caos y, lógicamente, sobrevivieron mejor quienes se habían preparado para ello, o aquellos que vivían una vida tan humilde que no tenían mucho que perder.

La quiebra de los bancos desorganizó las economías. En un mundo globalizado e interdependiente, nadie quedó al margen, pero perdió más quien más tenía. Los más ricos, acostumbrados a una vida de privilegios, fueron muy penalizados por su baja resiliencia ante la adversidad y una ola de enfermedades psicosomáticas y suicidios devastó esa población. Casi inmediatamente, en muchas comunidades, que ya conocían las monedas sociales, se establecieron sistemas de moneda locales e intercambio de bienes para organizar la supervivencia, no sin grandes dificultades al comienzo. La lógica “sobrevivamos juntos” se convirtió en consigna para la reorganización de las estructuras sociales de modo más





cooperativo y solidario y, poco a poco, todos los sistemas que trabajaban en esa dirección se fueron adaptando, con particularidades locales, en cada comunidad. El lema de la Escuela de Indra se asemejaba a esta lógica: “Alegría de estar juntos por el Buen Vivir” y ella se sintió parte de toda esta construcción.

Las actividades de la Escuela de Ecología Profunda se basaban fundamentalmente en la comprensión, por la mente y el trabajo, de qué había hecho que el mundo se hundiera y de qué podía reconstruirlo sobre otras bases. Indra y el equipo de la Escuela, a través de sus experiencias, ayudaban a las personas a aproximarse de nuevo a sus propios cuerpos con la observación de sí mismas, ejercicios, asanas, comida y bebida sanas. Con eso, cada persona

volvía a aproximarse también a la Naturaleza de la que formaba parte. En los silencios, descansos y meditaciones de la Escuela, la gente aprendía a dar tiempo al cultivo del propio mundo interior, que impulsaba a dar alas a la propia alma, brindándole espacio para su inmenso potencial. En el campo afectivo, al aprender a escuchar y respetar las propias emociones en círculos de conversación, teatro y otras artes, las personas aprendían a conectarse, al mismo tiempo, con los demás y a experimentar un genuino espíritu comunitario, que se manifestaba en el trabajo colectivo. Producir de manera ecológica y cooperativa, con sencillez y alegría, los medios de vida y la restauración de la naturaleza, eran una fuente de curación de los espíritus perdidos o enfermos.

La producción de alimentos ocupaba cualquier espacio disponible en las ciudades y en las orillas de los caminos, y fue sucediendo una especie de reforma agraria natural, porque los que sabían plantar enseñaban a los que no sabían, en cualquier tierra disponible. Los sabores locales, las plantas que siempre estuvieron ahí y casi nadie sabía que eran comestibles, se convirtieron en fuente importante de soberanía alimentaria para cada comunidad. Los cambios en las culturas alimentarias debidos al cambio climático tardaron en consolidarse, pero fueron una salida importante para combatir el hambre. El famoso “agronegocio” –que se había reducido mucho en las últimas décadas, al aumentar el nivel de conciencia de la gente sobre las consecuencias de los pesticidas y fertilizantes– se desorganizó por completo. Resultó inviable por las dificultades energéticas y de suministro de insumos importados de otros lugares, así como por la investigación sobre la producción de alimentos transgénicos de todo tipo, ya que éstos no soportaban los abrumadores cambios en curso. La permacultura dejó de ser una forma alternativa de cultivar alimentos y se convirtió en la forma normal, debido a su simplicidad y capacidad de producción y regeneración de la Naturaleza.

Sí, no todo fue sencillo, recuerda Indra pensativa. Al principio, la idea de “sálvese quien pueda” parecía que iba a imponerse, provocando conflictos por la posesión de

manantiales, de tierras productivas y de la energía todavía disponible. El inmenso arsenal de guerra existente en el mundo parecía una amenaza constante y la violencia del saqueo de supermercados y tiendas en general, por parte de poblaciones hambrientas en varias ciudades del planeta, hizo temer que todo degenerara en una lucha de todos contra todos. Esto sucedió particularmente en sociedades que habían vivido guerras recientemente y no encontraban otras salidas. Sin embargo, un factor poderoso en el rechazo a las lógicas de la guerra fue la reacción de los jóvenes, especialmente de los varones, que no querían convertirse en “carne de cañón” como había sucedido en todas las guerras a lo largo de la historia.

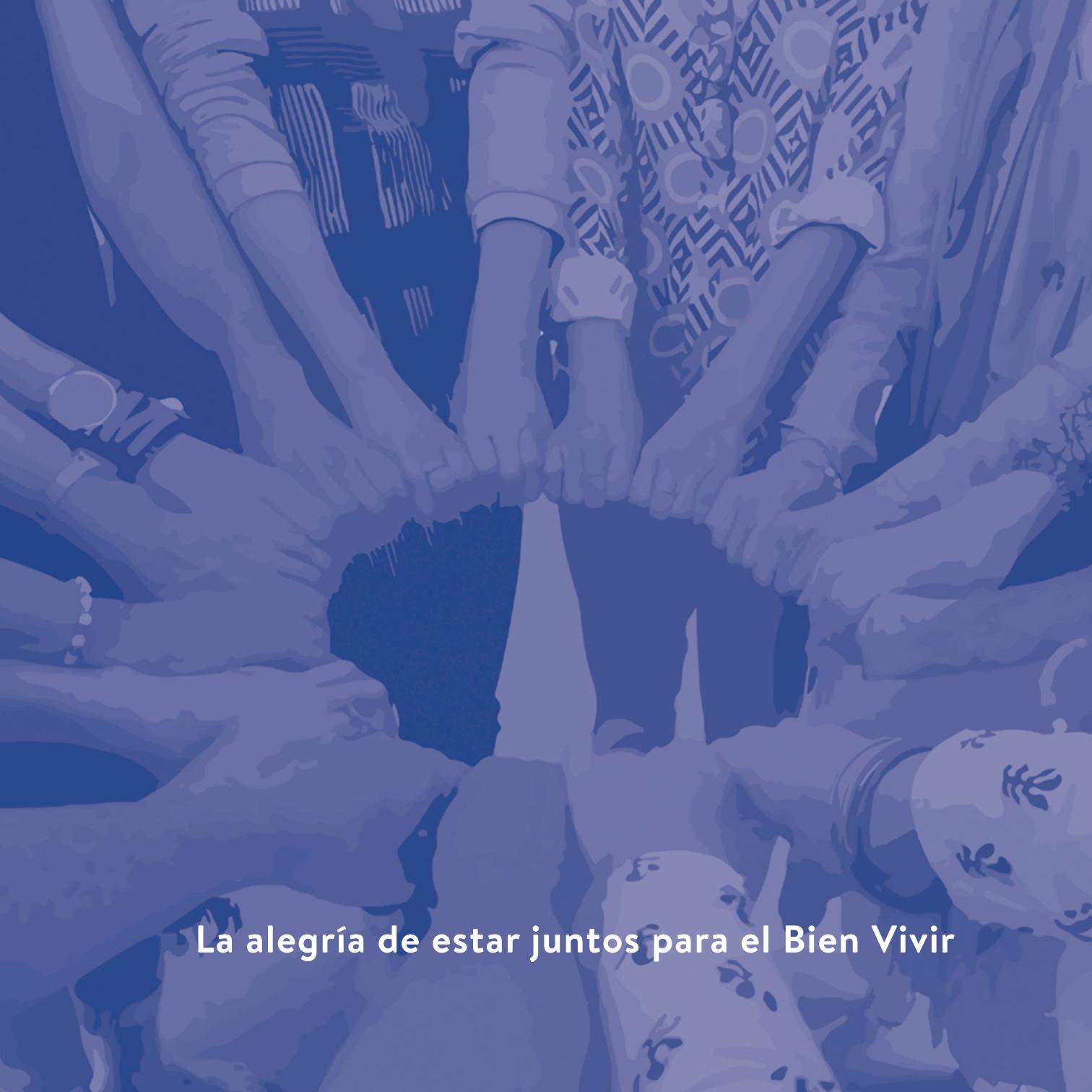
Curiosamente, las décadas de hedonismo y culto a uno mismo, tan criticadas por la comunidad de Auroville desde su principio, tuvieron un efecto excepcional: nadie quería morir por nada y no había adoctrinamiento ideológico capaz de superar el respeto cada vez mayor por la vida, sobre todo por la propia. Las mujeres, y lo que se llamó la “feminización del mundo”, tuvieron un papel preponderante en cambiar la cultura de resolución de conflictos a través de la guerra o priorizando la competencia sobre la cooperación. El valiente trabajo de hormigas que realizaron en lugares de conflicto, por ejemplo, desfilando juntas y buscando el diálogo, desafió en todo el mundo la lógica guerrera alimentada por la testosterona

descompensada. Frente a la inmensidad de los desafíos que estaba viviendo la humanidad, la gente mostró su mejor cara, confirmando lo que la “Madre” siempre había dicho sobre el crecimiento de la solidaridad en tiempos de desgracia. El lema “Alegría de estar juntos por el Buen Vivir “ tenía mucho más sentido que “Sálvese quien pueda” y la pacificación llegó acompañada por la superación de las soluciones puramente individuales y familiares o de grupos.

El ejemplo más expresivo de este proceso llegó precisamente de donde menos se esperaba. En la convulsionada región de Palestina e Israel, Indra acompañó a un movimiento sin

precedentes de jóvenes y niños por la paz. Diana, hija de su gran amiga Sonia, artista plástica y cineasta, se convirtió en un ícono de ese momento cuando comenzó a producir y difundir vídeos cortos realizados con teléfono móvil que, en su ingenuidad y belleza, conmovían a la gente. Diana hablaba de su deseo de ser como los otros niños del mundo, que no cultivan el odio ni tienen enemigos. Espontáneamente, jóvenes y niños palestinos e israelíes se buscaban unos a otros y se filmaban en las calles, hablando de paz y abrazándose. Esto provocó un “tsunami” político que cuestionaba la historia de guerra en la región, alimentada por los adultos, y especialmente por los hombres.



A high-angle, monochromatic blue photograph of a diverse group of people holding hands in a circle. The image is centered on the hands and forearms, which are reaching inward from all directions. The people are wearing various patterned and solid-colored clothing. The overall mood is one of unity, solidarity, and community. The text is overlaid at the bottom in a clean, white, sans-serif font.

La alegría de estar juntos para el Bien Vivir

Desde su privilegiado punto de vista de observación del mundo, Indra había visto cambiar la política del agua al vino, en un proceso que parecía un castillo de naipes. La década de los 20 había sido el motor de las transformaciones, precisamente porque el giro político a la derecha había asustado al mundo. Para quienes como Indra se resistieron a este giro conservador, fueron tiempos de gran dolor, pero los gobiernos menos comprometidos con las demandas sociales fueron cayendo uno tras otro, en un movimiento que se conoció como la “ola islandesa”. La expresión se refería a los acontecimientos políticos ocurridos en Islandia entre 2008 y 2009, en los que la sociedad civil tomó el poder y reestructuró el Estado. En esa época los medios de comunicación hablaban poco del tema, pero ese ejemplo de vanguardia fue tomando cada vez mayor amplitud histórica, en la medida en que los estados no podían enfrentar las demandas populares en medio del caos climático y financiero y las sociedades que reaccionaban.

Indra participó activamente en movimientos vinculados a la “ola islandesa”, redes planetarias de la sociedad civil que lideraban movimientos sociales, que se vivían localmente y se articulaban globalmente por Internet, y en los que la “política de amistad” y el “liderazgo de servicio” fueron la columna vertebral de una nueva forma de hacer política. Gradualmente, esos movimientos fueron dando forma a la política local y nacional y a las instituciones internacionales. El contenido de la acción de los colectivos ciudadanos que habían ido emergiendo y afirmándose desde hacía décadas en todo el mundo, se había creado

en contrapunto a la lógica de los movimientos organizados de los siglos XIX y XX, con la intención de honrar sus luchas, pero avanzando hacia modelos más cooperativos de acción social. En el siglo XXI, las principales amenazas a la humanidad afectaban a todas/os y no sólo a los más pobres o discriminados. Y el modelo cambió. En lugar de la lógica de simplemente “estar en contra”, la lógica de reinventar el mundo en el territorio de vida de cada movimiento. En lugar de la lógica de la competencia, la enemistad y la disputa, la lógica de la búsqueda de lo que une, de la construcción de redes cooperativas e interdisciplinarias. La amistad, valorada como un bien común y no sólo como una práctica personal, fue el “pegamento” de confianza que nutrió la articulación local, nacional e internacional entre personas que atestiguaban, mediante la amistad, el compromiso real de cada una de ellas con nuevas prácticas y modos de vida solidarios, ecológicos y democráticos.

Las redes y los movimientos se articulaban fácilmente en todas las escalas territoriales, incluso en los distintos países, en acciones concretas y en proyectos de reorganización de la sociedad. El inmenso tejido de personas vinculadas a la experiencia de Auroville, implantada en tantos países que Indra había visitado en sus exposiciones, fue una de estas redes. La idea de liderazgo se articulaba, naturalmente, con la demostración cotidiana de la capacidad de acción al servicio de un colectivo, del no apego al poder, de la posibilidad de servir en dinámicas cooperativas y autogestionarias. Este perfil era el pasaporte natural para la responsabilidad de liderar cooperativamente la reconstrucción de la



sociedad en estos tiempos de furia, y las personas con esas cualidades también tenían, según Indra, un trabajo sobre sí mismas, que a menudo era de naturaleza espiritual. Como complemento a esta noción de liderazgo de servicio, cada vez más extendida en las organizaciones de la sociedad civil, fue necesario reorganizar los modos de representación democrática y, con eso, transformar las formas de hacer política en las instituciones del Estado.

En esa época, una de las formas más comunes de reorganizar el sistema de representación popular para la toma de decisiones fue confiar en la sabiduría de la ciudadana y del ciudadano común, formando parlamentos por sorteo. Profesionales de las instituciones estadísticas de cada país organizaron convocatorias públicas de personas elegidas al azar y que representaban las diferentes características de la población de la ciudad, del estado, de la región, del país: tantas mujeres, tantos hombres, tantos ricos, tantos pobres, tantos estudiantes universitarios, tantos analfabetos, tantos negros, tantos blancos y toda una serie de subcategorías medias entre ellos que componían, al final, un parlamento totalmente representativo de la población del territorio. En lugares con conflictos étnicos, la incorporación de sus demandas, a través de la representación en el parlamento, fue un factor importante para la pacificación, así como para la construcción de nuevos acuerdos sociales en países con gran desigualdad histórica como Brasil, Sudáfrica y Estados Unidos.

A diferencia de los parlamentos anteriores, llenos de ricos, hombres, blancos, etc., las/os

representantes del pueblo no tenían privilegios y ganaban el salario promedio de la población. En la India el parlamento cambió de cara completamente y las castas inferiores tomaron el poder. Casi todo el grupo de estudiantes indios de la Escuela de Indra se ofreció voluntario para asesorar a esas/os parlamentarios inexpertos y sin formación profesional, pero profundamente comprometidos en la defensa de la supervivencia de la gente y el aprovechamiento compartido de los recursos. En Auroville, Indra siempre había trabajado en la apertura del imaginario político, para que la comunidad pudiera estar a la altura de las expectativas del modo de gobierno expresado por la “Madre”, de una anarquía divina. Estar conectado con una inteligencia mayor que la del ego de cada cual, es decir, conectado con el corazón y con la divinidad de cada una/o, eran las claves del buen gobierno y, por lo tanto, cualquier persona podía prestarse a ese servicio.

Con la crisis, muchos gobiernos nacionales tardaron en reorganizarse y una democracia local, participativa y directa fue la forma más común de gestionar la vida cotidiana, ahí donde la gente vivía y tenía sus demandas. Indra recuerda cómo un día se dio cuenta de que la práctica democrática de Auroville –y de muchas otras comunidades llamadas “alternativas” antes del colapso– de reunir a sus habitantes para decidir temas y, antes de las discusiones, empezar por hacer silencio juntos, se había ido convirtiendo en una práctica vivida internacionalmente y no sólo en las pequeñas ciudades. Las variaciones en tiempo y forma de esa meditación previa tenían que ver con las diferencias culturales y

las religiones de cada nación o comunidad. Sin embargo, la idea de buscar inspiración en algo más allá de uno mismo, más allá de los intereses particulares, familiares o de grupo, se había extendido como un camino de armonía y afecto para hacer frente a la penuria y las amenazas de la barbarie, del “cada cual por sí mismo y que gane el más fuerte”.

Las/os nuevos parlamentarios tenían una profunda confianza en los movimientos locales de la sociedad civil que habían tardado décadas en construirse sobre nuevas bases políticas y contaban con ellos para tomar las decisiones necesarias. Se redactaron nuevas constituciones y en los primeros tiempos del caos esos parlamentarios generalmente elegían de modo indirecto a quién dirigiría las funciones del Estado, que se había hecho más profesionalizado y era supervisado por los Consejos de Sabios de cada nación. El modelo se repetía en estados, municipios e incluso barrios. Cada “sabia/o” era postulado por movimientos y elegido entre personas conocidas y respetadas por su historia de servicios allá donde habían dedicado su vida. La ciudadanía elegía a los que mejor podían servir como “sabias/os”, y éstos –así como los miembros del parlamento elegidos por sorteo– eran supervisados en su trabajo directamente por la población, que tenía acceso por Internet a los encuentros, comisiones y decisiones. Tanto la elección de consejeras/os como todas las decisiones importantes para las comunidades nacionales, regionales o locales, eran tomadas por toda la ciudadanía, presencialmente o por Internet, a través del modelo de democracia



virtual practicado en todo el mundo. En este modelo, cada ciudadana y ciudadano tenía una contraseña y cada tema a decidir contaba con toda la información sobre sobre la propuesta y todos sus datos disponibles de forma pedagógica, en por lo menos tres categorías de posibilidades: argumentos a favor, argumentos en contra y argumentos que favorecían la indecisión. Si los indecisos tenían cierto peso en la elección, se daba más información abriendo la posibilidad de nuevas opciones –con sugerencias hechas por los propios ciudadanos– y se repetía la elección. El objetivo era que con cada decisión se pudiera arrojar luz a los conflictos –vistos como posibilidad de maduración colectiva– e ir construyendo consenso paso a paso. Sí, a veces llevaba tiempo, pero las decisiones más consensuadas fortalecían el sentimiento de pertenencia y la ejecución de lo que se había decidido. La democracia virtual complementaba la democracia presencial en asambleas y elecciones directas y estaba en constante perfeccionamiento.

En todo el mundo el objetivo era dar amparo a las víctimas de las catástrofes climáticas, tanto las de carácter agudo –que se producían repentinamente y destruían todo, como los tornados, los ciclones o las inundaciones– como las de carácter crónico, que se instalaban y repetían, como las sequías, la desertización y el propio aumento del nivel de los océanos. Los ciclones se hicieron mucho más frecuentes, afectando principalmente a los Estados Unidos, Indonesia, Filipinas, India, Japón y Australia. La desertización afectó a toda la zona sur del Sahara –devorado por el desierto– pero también a muchas otras regiones del planeta que ya tenían debilitados sus ecosistemas, como las regiones semiáridas. La inventiva y las acciones a pequeña escala y de gran impacto llevadas a cabo por miles de personas juntas, como pequeñas presas, replantación de árboles, recuperación de viejas semillas resistentes, fueron la tónica de la reconstrucción desde el crac. La gente sencilla con egos más armonizados y la capacidad de actuar aquí y ahora, se convirtieron en algo precioso.



La Madre Tierra recupera su equilibrio

Los refugiados de Auroville eran en su mayoría campesinos productores de alimentos que no podían trabajar, y esto fue un regalo para la población local porque la producción de alimentos creció lo suficiente para alimentar a todos, con el cosmopolitismo alimentario que siempre había caracterizado a la ciudad. En sus viajes por el mundo, Indra había sido testigo de cómo la cultura humana se hacía cada vez más cosmopolita. Las tasas de alfabetización y de conexión a Internet, que crecieron sin parar desde finales del siglo XX, alcanzaron un nivel de casi el 100% de la población mundial en la década del 2040. Pensando en los campesinos que llegaron a Auroville, Indra recordaba que eran gente desesperada, sí, pero que la mayoría de ellos había ido a la escuela, sabía lo que estaba pasando en el mundo y se sentía con derechos; después de casi 100 años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. El aumento de la escolaridad mundial y la libre circulación de información, a través de un medio accesible y plural como Internet, habían cambiado mucho en el planeta y habían sido poderosos aliados en la reconstrucción, que se iba llevando a cabo sin “señores” y utilizando, en cambio, los talentos de cada persona.

El régimen de lluvias y sequías que había cambiado poco a poco en muchas zonas del mundo, se convirtió en una realidad persistente y cruel, alcanzando a los principales productores de alimentos, en particular a los

países del África Ecuatorial y el Mediterráneo, Rusia, Estados Unidos, Brasil, Argentina y la India. Afortunadamente, esa decadente producción de alimentos del agronegocio se destinaba históricamente a la alimentación de los animales. La gente siempre fue y seguía siendo alimentada por la pequeña producción familiar y local, que sufrió enormemente con el cambio climático pero, al ser a pequeña escala, consiguió readaptarse con el paso de los años, cambiando los cultivos a variedades más resistentes al nuevo régimen climático. Indra había visto cómo la milenaria dieta vegetariana de la India se iba haciendo gradualmente mayoritaria en el planeta, no por razones religiosas –como era en su país–, sino porque era más barata, más sana y más respetuosa con la vida. Los descubrimientos científicos sobre la sensibilidad e inteligencia de los mamíferos habían llevado a un cambio gradual en la dieta de la nueva generación, que se había vuelto prácticamente vegana.

El cambio en la dieta alimentaria del planeta iba siendo un alivio contra las enfermedades causadas por el exceso de alimentos de origen animal y era también responsable de la reducción de enfermedades derivadas de los pesticidas, y estaba ayudando a construir una generación con posibilidades de alcanzar los 120 años de vida media. Fue, además, una de las razones de que disminuyera la presión humana sobre el medio ambiente. Se vio que eran plausibles la convivencia de la producción

de muchos vegetales y el mantenimiento de las selvas, algo que no es posible con el ganado. El concepto de “agroselva” – enseñado a los refugiados en Auroville por las brigadas de recepción en las que Indra había participado, y practicado en tantas otras comunidades alternativas a principios del siglo XX – se convirtió en una técnica mundialmente conocida y eso ayudó a la restauración de muchas selvas. Aun así, el clima tardó mucho en dar señales de que podría recuperarse.

La cuestión de la temperatura fue un drama aparte. El planeta entero se calentó y eso sucedió poco a poco, pero los países del Norte sufrieron mucho más. No sólo por la temperatura en si misma –que durante el verano alcanzó más de 50 grados en varias partes de Europa–, sino también por la

escasa resiliencia de las poblaciones. Los aires acondicionados suavizaron el calor de los primeros tiempos, pero se volvieron obsoletos por la escasez de energía. Las poblaciones de los países tropicales tenían mayor resiliencia histórica, porque las temperaturas por encima de 40 grados eran comunes en Pondicherry o Río de Janeiro, de modo que la gente se adaptaba mejor al calor. Las sequías y las altas temperaturas provocaron trágicos incendios en Europa, Rusia y Estados Unidos, cuyas redes de comunicación, mucho mejor estructuradas antes del “Apocalipsis”, dieron visibilidad a escenas impresionantes de fuego y fuga de las poblaciones. La destrucción de vidas y patrimonios de aquellos tiempos marcó simbólicamente el imaginario de la humanidad, impulsando el deseo de cambios profundos en los estilos de vida.



Muchos documentos y películas, que a principios de siglo anticipaban las características del colapso que se avecinaba, comenzaron a ser leídos y consultados. Las películas “La edad de la estupidez” y “Una verdad incómoda” entre otras– se hicieron clásicas por haber mostrado claramente los datos del colapso que se aproximaba. La mayoría de la gente había permanecido ajena a las predicciones, pero cuando se proyectaron en el Cinema Paradiso de Auroville –allá por la década del 2010, Indra ya no recordaba cuándo– las películas habían causado profunda impresión, especialmente en los adolescentes de la Future School donde daba clases de arte. Los informes del IPCC – espacio que reunía a climatólogos de todo el mundo y que desde principios del milenio había hecho todo lo posible para difundir ampliamente sus investigaciones y previsiones– se hicieron de consulta obligatoria. Del mismo modo, los antes casi desconocidos “Atlas de los Cambios Climáticos” realizados por los científicos del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), que predecían meticulosamente dónde ocurriría todo, se convirtieron en “best sellers”. Hechos para alertar, esos materiales se volvieron útiles para tratar de mitigar las tragedias humanas anunciadas con claridad cristalina muchos años antes de que sucedieran, y cuyas advertencias fueron ignoradas.

Y las tragedias no fueron sólo humanas. En el torbellino de los acontecimientos, el conteo de la pérdida de la biodiversidad se detuvo en el tiempo, al igual que casi toda la investigación

científica que quedó temporalmente alterada, y hasta tiempo después no se notaría que los animales habían sufrido aún más que los humanos. Si por un lado el cambio en la dieta alimentaria de la humanidad – que se hizo más local, más vegetariana y más sobria –, salvó la vida de miles de ellos, por otro lado los eventos extremos y el cambio climático no los había eludido, así como la intensa tala de bosques y selvas –una de las causas del cambio climático– que había sido devastadora para ellos. La reconstrucción estaba en marcha para las personas, los animales y las plantas.

El debate sobre el “punto de no retorno” o hasta cuándo el sistema de la Tierra aguantaría, y sobre la capacidad de resiliencia del planeta en su conjunto, había sido un capítulo separado de todo el período anterior al colapso. Los científicos tuvieron mucha razón y se equivocaron mucho también, especialmente respecto a los tiempos de la Madre Naturaleza: cuando ella quiso, todo se aceleró hasta el desastre, pero también cuando ella quiso, el tiempo de las iniciativas de reconstrucción florecieron más rápido de lo esperado. Durante décadas Indra y sus amigos de la Escuela de Ecología Profunda habían defendido que los sistemas complejos como Gaia no pueden ser comprendidos sólo por la mente, con instrumentos de medición y formas dualistas de pensar. Como dijo en sus clases –recordó Indra –, “es necesario incluir el corazón y aguzar la empatía y la intuición, para mejor percibir el todo y su interdependencia”.



Entre los tiempos del colapso financiero y climático y la época actual de consolidación de una nueva civilización –cerca de unos 20 años– un salto importante fue la organización urbana del mundo, porque las megaciudades se volvieron inviables. Como en tiempos del colapso del Imperio Romano en que Roma – la mayor ciudad de la época, con un millón de habitantes en tiempos de Cristo – se vació para cerca de cuarenta mil habitantes quinientos años después, el vacío de las megalópolis fue espectacular. Sus formas de vida ya eran insostenibles hacía mucho tiempo, por su absoluta dependencia de energía, alimentos y agua en cantidades cada vez más difíciles de asegurar, generando una verdadera “deseconomía a escala”. La evidencia de la insustentabilidad de las metrópolis quedó clara ya en la primera oleada de refugiados, que llevó a estudiantes y familiares de los aurovillanos a vivir en la ciudad.

Esos primeros “refugiados” llegaban en su mayoría de las grandes ciudades del mundo y contaban cómo la comida era cara, la movilidad imposible, el estrés crónico y la violencia creciente. Con el agravamiento de la crisis y la falta de energía y materia prima, las grandes distancias a recorrer, los altos edificios con ascensores desactivados, el modo de vida lleno de residuos, el miedo a la delincuencia, etc. la vida se convirtió en una tortura y quién pudo irse, se fue. Aún hoy, piensa Indra recordando Chennai, allí cerca, todavía hay millones de toneladas de materiales que hay que trasladar desde las zonas urbanas abandonadas a los alrededores. En un trabajo de hormiguitas, indios y personas de todo el mundo siguen transportando esos recursos desde las megalópolis hasta las ciudades circundantes más pequeñas, para reconstruir sus vidas.

The image features a monochromatic blue color palette. A bright, multi-pointed starburst or sunburst pattern is centered in the lower-left quadrant, with rays extending outwards across the frame. The background is a deep, dark blue, while the rays themselves are lighter shades of blue, creating a sense of depth and light. The overall effect is ethereal and futuristic.

Un rayo de sol que
anuncia un nuevo mundo

Mantener las estructuras sociales funcionando y dirigir toda la energía de las poblaciones a la producción de alimentos y a la reparación de los daños ambientales era la prioridad de todos los gobiernos ciudadanos. Había trabajo para todos, pero muy poco empleo propiamente dicho, y la mayoría de la gente trabajaba colectivamente por comida, vivienda, agua, energía y servicios sociales, en un modelo parecido al que Auroville había desarrollado desde su fundación. Después de muchos episodios de violencia, la energía humana se aplicó masivamente en la reconstrucción. Curiosamente mucha gente, al pensar en ese período, no piensa en las cosas malas sino en el movimiento solidario que se apoderó del mundo. Indra veía similitud entre aquella época y la de los primeros hippies de Auroville. Los conflictos disminuyeron porque nadie tenía tiempo para perder en tonterías. El trabajo era inmenso y una fuente impresionante de recursos para la reconstrucción fueron los rellenos sanitarios y los vertederos. Los residuos plásticos de un siglo de excesos volvieron a la vida con distintas técnicas, desde la más sencillas, como el reciclaje, a las más sofisticadas, como la producción de combustible por reconstitución química de los materiales originales. Ésta había sido la contribución más importante de Indra en los tiempos de reconstrucción, acostumbrada como estaba a ver riqueza donde otros veían basura. Coordinaba brigadas de clasificación

de basura con los refugiados de Auroville y así, como la basura se había convertido en un recurso importante, el mundo fue quedando milagrosamente más limpio.

La idea del “salto cuántico” es una posibilidad para explicar ese período. Como sucede con los electrones, nunca es posible predecir cuándo saltarán de una órbita a otra, cuándo pasarán a otro nivel, pero siempre depende de una energía recibida. El salto de madurez después del largo tiempo de adormecimiento humano podría no haber sucedido, pero la energía que se estaba acumulando en los “subsuelos de la sociedad”, en iniciativas como la de Auroville, estaban creando nuevas posibilidades para la vida. Fue muy claro observar que en los lugares del mundo donde había experiencias innovadoras de convivencia social, realidades locales fuertes, intensa organización comunitaria, las consecuencias del caos fueron menos pesadas y la reestructuración se hizo más rápidamente. No es que todo haya vuelto a la normalidad. De hecho, nada es “normal” como antes, reconocía Indra. La propuesta del gobierno de la India de cambiar el Estatuto de Auroville, que le preocupaba tanto como a los demás habitantes de la ciudad, tiene un fuerte argumento: Auroville ya no es un laboratorio. Su forma de vida, su cultura, su espiritualidad, sus tecnologías, fueron exportadas masivamente, fusionadas con otras experiencias, entrelazadas con

otros conocimientos locales, convirtiéndose en tecnología social para la construcción del postcapitalismo. Quizás, pensaba Indra, aceptar la propuesta del gobierno de convertirse en una ciudad común, no fuera una derrota para los habitantes de Auroville, sino la prueba de que su experimento había funcionado. Estaba inspirando al mundo.

Haciendo ese balance, una calma alegría se apoderaba de Indra. Sí, el período de su existencia fue duro, pero ella estaba inmensamente agradecida. Agradecida por haber tenido en su vida, y tan pronto, la inspiración de la Madre y de Sri Aurobindo y la guía de su concepción de que la vida es un experimento para que cada uno encuentre en sí mismo su misión, para así poder evolucionar en conciencia y acción hacia un mundo con más amor. Agradecida por ser india y ciudadana del mundo al mismo tiempo y haber podido ver tantos desafíos que la humanidad enfrentó, y seguirá enfrentando, con los pies en la tierra de la patria de su amada familia y el corazón conectado con la Madre Tierra y sus hijos e hijas. Agradecida por ser ella misma, por haber tenido siempre el valor de ser quien era en lo más profundo de sí misma, sin hipocresía y concesiones que le habrían hecho perder la oportunidad de avanzar. Agradecida a sus amigas y amigos –compañeros de camino– por el amor compartido, por los desafíos enfrentados, por haberse sentido siempre

parte de algo. Agradecida a la ciudad de Auroville, esta realización de la voluntad humana de la que había sido parte, agradecida a Matrimandir y al sagrado baniano, donde estaba sentada en posición de loto en ese importante momento. Sus piernas estaban un poco adormecidas, pues la meditación estaba durando casi una hora. Sonreía para sí misma: tenía casi cien años, su mente había vagado, en lugar de concentrarse, su malestar era normal. Pronto descansaría.



Este puede ser un libro colectivo, un camino de
ecología y cooperación.
Después de leerlo, si quiere, escriba su nombre y
correo electrónico en una línea y páselo a otro.
Gracias!



A sheet of white paper with horizontal blue lines, tilted slightly to the right. The paper is placed on a dark blue background. The lines are evenly spaced and cover most of the page. There is a faint watermark in the background that reads 'escribeme.com' repeated several times.

Este cuento habla del futuro del planeta a través de la historia de Indra, una ciudadana del mundo, que vive en la ciudad de Auroville, India, en 2046. En lugar de negar el colapso ecológico y civilizatorio, el cuento lo acepta como una oportunidad única para reconstruir el mundo sobre otras bases. Indra es parte de las personas que eligen vivir como les gustaría que fuera el mundo, que se transforman para que el mundo pueda cambiar. A los casi cien años de vida, nos cuenta lo que pasó con el planeta y con la humanidad, y nos muestra cómo valió la pena. La historia de Indra nos presenta un futuro posible y este cuento acompañará también el último capítulo del libro “La humanidad en evolución”, de la misma autora, que está en preparación.